

Este último escrito suyo es notable bajo otro punto de vista. Balmes, que fué siempre un gran pensador, no había sido nunca un gran artista: sus estudios literarios no corrían parejas con sus estudios filosóficos. Ocupado exclusivamente de la idea, había descuidado su expresión, y la expresión era por lo general en él floja, aunque sus ideas eran grandes. Su estilo era laxo, difuso; y los hábitos de la polémica, esa matadora de estilos, le habían hecho verboso. Pues bien: en su escrito sobre Pío IX, Balmes levanta de súbito la expresión á la altura de la idea, y la idea grande brilla por primera vez en él vestida de una expresión magnífica y grandilocuente. Cuando Balmes murió, el escritor era digno del filósofo: medidos por la medida de la crítica, eran iguales.

Vuelvo, pues, á dar á Ud. gracias por el celo y el talento con que hace popular en Francia á un hombre tan eminente.

Recuerdo los dos retratos de que Ud. me habla; los escribí estando en París, y en la época, si no me engaño, en que nos conocimos. No tienen más mérito que la sagacidad con que creo penetré el carácter moral é intelectual de esos dos hombres.

No dudo que llegará un día, que Ud. ve venir, en el cual el campo será de los hombres de buena voluntad y de creencias puras; pero no dude Ud. que ese día será pasajero: la sociedad en definitiva está herida de muerte; y morirá porque no es católica, y sólo el catolicismo es la vida.

Yo pienso volver pronto á España y retirarme por algún tiempo de los negocios públicos para meditar y escribir. El torbellino político en que me he visto envuelto mal de mi grado, no me ha dejado hasta ahora ni un día de paz ni un momento de reposo: justo es que antes de morir me retire algunos años á hablar á solas con Dios y con mi conciencia. Para mí, el ideal de la vida es la vida monástica. Creo que hacen más por el mundo los que oran que los que pelean; y que si el mundo va de mal en peor, consiste esto en que son más las batallas que las oraciones. Si pudiéramos penetrar en los secre-

tos de Dios y de la historia, tengo para mí que nos habíamos de asombrar al ver los prodigiosos efectos de la oración, aun en las cosas humanas. Para que la sociedad esté en reposo, es necesario cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la activa. La clave de los grandes trastornos que padecemos, está quizá en el rompimiento de este equilibrio. Mi convicción en este punto es tan firme, que creo que si hubiera una sola hora de un solo día en que la tierra no enviara al cielo oración ninguna, ese día y esa hora serían el último día y la última hora del Universo.

Si á mi paso por París está Ud. allí, y si estando yo en España, va Ud. á España, tendré el más vivo placer en asegurar á Ud. personalmente que no hay amistad que me sea más lisonjera que la suya.

Entretanto queda de Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

AL SR. DONOSO.

VILLENEUVE-SUR-LOT (Lot-et-Garonne), Agosto 2 de 1849.

SEÑOR MARQUÉS: Nunca me hubiera atrevido á esperar que la amistad de Ud. me honrara con expansiones tan íntimas como las contenidas en su apreciable del 21 de Julio; puesto, sin embargo, que Ud. me ha juzgado digno de tanta confianza, me apresuro ante todo á cumplir el deber en que estoy de manifestarle el vivo reconocimiento que su bondad me inspira.

La parte que se digna Ud. atribuirme en la obra de su conversión, es ciertamente tan escasa, que bien puedo permitirme la satisfacción de creerla; pues, á ser más considerable, me vería obligado á tomar su lenguaje por más cortés que sincero. De todos modos, señor Marqués, el gusto con que he leído esa admirable historia de su alma, no deja de estar mezclado con cierta pena que me produce el pensar que su pluma debería pertenecer sin excepción ni reserva á la causa de Dios más bien que á algunos amigos aislados.—Al menos sus cartas al señor Conde de Montalembert han tenido la fortuna de ilustrar á la Francia y á todo el orbe cristiano, después de haber llenado de júbilo el alma de la persona á quien fueron dirigidas. Esto no puede suceder con la que yo he recibido, cabalmente porque emana de lo más profundo del corazón, y porque el mismo carácter particular de ternura y de interés que tiene, la condena á quedar encerrada en el seno de la amistad. Al leerla, he deseado que fuese menos bella, y que la hubiese acompañado el permiso de Ud. para añadir con ella algunas líneas más de su mano al elocuente discurso que ha poco dirigía Ud. á nuestro país y á la Europa.

Y á propósito de las cartas al señor Conde de Montalembert, supongo que conoce Ud. las críticas que de ellas se han hecho en España, y de las cuales yo he visto algunas. En su mayor parte, están hechas sin arte ni buena fe: hay una, sin embargo, que leí ha tres días en *La España* (me parece que en el número del 26 de Julio último), escrita sin duda por persona que creo no muy profundamente católica, pero que presenta con claridad y precisión varias observaciones á que se prestan indudablemente también aquellos escritos.

Reflexionando un poco acerca del pensamiento que Ud. se propone, tal como se entrevé formulado en su ánimo, me parece que no ha sido bastante bien penetrado. Acaso tiene mucha parte de culpa el lenguaje mismo que Ud. emplea. Al afirmar Ud. que el principio católico es un principio de vida para las sociedades como para el individuo, mientras que el *principio filosófico* los conduce á la muerte, me parece incuestionable que por principio filosófico entiende Ud. aquí el espíritu opuesto al Catolicismo, y rebelado contra Dios. Considerada en sí misma, la filosofía no es buena ni mala, ni católica esencialmente, ni esencialmente anticatólica. La filosofía no es más ni menos que el ejercicio de la razón humana¹; y Ud. sabe mejor que yo la gran parte que Dios ha señalado á esta razón en el cumplimiento de sus designios sobre nosotros mismos y sobre la sociedad. Igualmente mejor que yo, sabe Ud. hasta qué punto llega la solicitud de la Iglesia para proteger y defender esta parte que Dios ha querido que tenga en sus obras la humana inteligencia, regida por la sana voluntad.

Para que no quedase duda del pensamiento de Ud., creo que le bastaría explicar lo que ha querido decir con la expresión *principio filosófico*. Así tendría Ud. ocasión de pintar con vivos colores esta cooperación que Dios se ha dignado como repartir

¹ Olvidó aquí el Sr. de Blanche-Raffin, que la verdadera filosofía es un sistema de verdades tocantes á las cosas divinas y humanas conocidas por la razón natural, y por consiguiente, que no se reduce al simple ejercicio de nuestro entendimiento discursivo, ni es de suyo indiferente, sino antes posee valor absoluto y es sobre manera útil á la religión verdadera. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

entre el Criador y la criatura, entre el señor y el siervo, entre nuestros esfuerzos vacilantes y su poder infinito. También tendría Ud. ocasión de renovar lecciones, ya olvidadas, de ilustres maestros, en que nos muestran el orden plenamente racional, soberano, absoluto de una sociedad constituida conforme á los designios de un Dios Redentor, y en la cual vemos por jefe supremo al mismo Dios representado aquí abajo por su Iglesia, y servido por lugartenientes de varios órdenes y grados, cuyas distintas funciones corresponden á la infinita variedad de las cosas humanas. Veríamos cómo, procediendo de Dios todas las cosas de una manera directa ó indirecta, vuelven todas á Él: veríamos la *justicia* formando la regla de todas las relaciones del hombre para con Dios, y de los hombres entre sí; no ya una *justicia* interpretada conforme á nuestro mezquino alcance, sino establecida por Dios mismo, y en último lugar, interpretada por Él¹; veríamos, en fin, la *caridad* dulcificando todo cuanto sin ella sería excesivamente riguroso, curando las llagas de la humanidad, sirviendo de compañera á la justicia y manifestándose como su principio y su último fin.

En otro pasaje de sus cartas al señor Conde de Montalembert, nos presenta Ud. á las sociedades caminando infaliblemente á la muerte, y al mal obteniendo en el mundo una victoria final sobre el bien. Esta predicción no es en verdad otra más que la contenida en los libros sagrados: pero así y todo, me parece que hay un poco de temeridad en ver tan cerca como Ud. lo hace, el día de la catástrofe; y es posible que en esta ocasión haya abusado algo de una facultad propia de las grandes inteligencias (facultad que las acerca más y más á la inteligencia divina), y es la de considerar realizada en un sólo punto del tiempo una larga serie de consecuencias que no se desenvuelven sino en el transcurso de muchos siglos.

Como Ud. ve, mi querido amigo, al tomarme la libertad de hacerle estas observaciones, nada más hago sino ponerle delante objeciones que se desprenden de sus mismas cartas. Pen-

¹ Quiere sin duda decir "por la Iglesia."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

sando Ud. en que las inteligencias débiles necesitan ser ilustradas con grande precaución, estoy cierto de que su caridad misma le dictará el medio de disipar las sombras que la flaqueza de ciertos entendimientos opone á sus brillantes doctrinas. Si Ud. tiene en algo esta indicación, le estimaría se sirviera decirme en qué forma piensa dar sus explicaciones; pues en todo caso, me ofrezco con el mayor gusto á traducir lo que usted escriba.

Muchas cosas pudiera decir á Ud. todavía, señor Marqués, si no temiera distraerle demasiado de sus graves ocupaciones: le explicaría por qué tengo todavía esperanza de ver á nuestra presente sociedad repuesta de la terrible enfermedad que la aqueja, pues espero que aún vuelva á someterse dócilmente al yugo sagrado de la Iglesia. En cuanto á Ud., veo con pena que, si bien no desespera, sólo abriga en rigor un *fantasma de esperanza*. Dios querrá quizá que nos encontremos en alguna parte: si yo no hubiera de consultar más que mi deseo, de seguro volvería á visitar á Madrid y la España.

Para terminar, permítame Ud. expresarle mi deseo de que sus hermosas palabras acerca de la necesidad de la oración y de la vida contemplativa obtengan una publicidad que sería provechosa para su patria de Ud. y para la mía.

De todo corazón es suyo, afectísimo y respetuoso amigo y servidor,

ALBERIC DE BLANCHE RAFFIN¹.

¹ En la margen misma del original de la carta anterior se lee escrito de mano del Sr. Donoso:—"Contestada en 3 de Agosto, remitiéndole mi carta á *El País* y á *El Heraldo* para que tenga la bondad de traducirla."

Siendo el objeto de esta carta á *El País* y á *El Heraldo* refutar todas las objeciones hechas por varios periódicos españoles; y conteniéndose en esta refutación todas y cada una de las explicaciones que deseaba el Sr. Blanche-Raffin, creemos del caso remitir al lector aquel escrito.—(Nota del Editor Sr. Tejaado.)